

## CAPITULO III.

### ARTICULO I

Fondo y forma de la obra.—Pensamiento literario.

Se da el nombre de pensamiento literario á todo lo que el hombre se propone comunicar cuando habla ó escribe.

Siendo el pensamiento un todo constituido por el fondo, idea ó asunto que se desea comunicar, y por la forma, expresión ó lenguaje en que se comunica, es natural que encontremos en él todas las cualidades examinadas en las dos Secciones anteriores. De aquí la clasificación de los pensamientos y sus diferentes denominaciones de verdaderos, sólidos, nuevos, claros, enérgicos, etc. que se les aplica atendiendo solamente á uno de los elementos que constituyen la obra. Pero no hemos tratado ni debimos tratar, de ciertas cualidades que no son propias sino comunes al fondo y á la forma, al asunto y al lenguaje, tales son: la naturalidad, la oportunidad y la belleza, junto con el plan ó forma interna, ó sea la distribución de todos los elementos de un modo lógico-proporcionado y armónico.

De todo esto trataremos separadamente, por ser un punto importante en preceptiva literaria.

La naturalidad es la expresión fácil, sin esfuerzo ni violencia, de todo aquello que se piensa ó que se siente, de todo lo que el hombre se propone comunicar cuando habla ó escribe. Es, como si dijéramos, el resumen ó síntesis de todas las cualidades del fondo y de la forma de la obra, ó como el signo que señala y marca la armonía y proporción que debe haber entre aquél y ésta, entre la idea que se despierta en el espíritu y la palabra que estalla en el labio ó se fija en el escrito. En cuanto á la oportunidad, que exige pensamientos adecuados al asunto, expresiones que reflejen fielmente las ideas y afectos, que el tono se halle de acuerdo con el fin de la obra, y el fondo de ésta con la forma; la oportunidad, repetimos, es el complemento necesario de la naturalidad, y junto con ella contribuye á la excelencia y perfección de la obra y preside la distribución y arreglo de sus partes y elementos.

Como cualidad literaria de alto precio, la naturalidad facilita el libre desenvolvimiento del asunto, aligera y mantiene despierta la atención de los oyentes ó lectores, contribuye eficazmente á dar claridad á los conceptos, y amenidad y belleza á la expresión. Esta cualidad de la obra es la que nos hace pensar que no ha costado á su autor ni fatigas ni esfuerzo algunos, aun cuando la razón y la experiencia enseñan que es el fruto del mayor cuidado y de labor asidua y sostenida. Más acertado sería decir que la espontaneidad, esa *facilidad difícil* que admiramos en todas las grandes obras, es el fruto del trabajo y del talento ó genio, unidos en feliz consorcio; de esta unión, esto es, de las buenas disposiciones naturales, junto con el estudio de la naturaleza, de

los modelos en el arte, y de las reglas y principios en que se fundan, proceden esos partos de originalidad é inspiración que nos maravillan y asombran.

Pensamientos naturales son, pues, aquellos que parecen brotar del fondo mismo del asunto y que se expresan de modo claro y completo. Según los grados de naturalidad se les llama también obvios y fáciles.

Casi todos los pensamientos que se hallan en las obras de los buenos autores son naturales, pues que el conocimiento de la materia y la instrucción necesaria les permiten descubrir las partes, propiedades y circunstancias de los objetos de que tratan, las ideas, las locuciones propias, los epítetos significativos, los símiles expresivos, las más valientes imágenes, y todos esos elementos del razonamiento y del lenguaje con que consiguen ampliamente el fin que se proponen.

Ejemplos de pensamientos obvios y fáciles:

*Verum hoc tantum alias inter caput extulit urbes,  
Quantum tantæ solent inter riburna cupressi.*

(Virgilio)

Pensamiento naturalísimo en boca de un pastor, que para significar la grandeza incomparable de la ciudad de Roma entre todas las ciudades, dice: Roma descuella entre las ciudades del orbe, como entre flexibles mimbreras el encumbrado ciprés.

Cervantes en el prólogo de su gran obra, hace estas naturales reflexiones: *el sosiego, el lugar apacible, la serenidad de los cielos, la amenidad de los campos, el murmurar de las fuentes, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que lo colmen de maravilla y de contento.*

El artificioso símil, que en manos de los autores de segunda fila suele degenerar en adorno afectado y ridículo,

lo, sobre todo cuando es prolongado, vuélvese un recurso fácil y bellissimo en el genio:

Hector en derredor de la armadura  
Claro fulgor lanzando, impetuoso  
Se arrojó al escuadrón de los Aquivos  
Y sobre ellos cayó. *Como á la nao  
Embravecidas olas acometen  
Que el viento ha levantado resonante  
Bajando de las nubes, y el navio  
Todo se cubre con la espuma, y brama  
Dentro la vela furibundo el viento,  
Y acobardados los marinos tiemblan  
Porque muy cerca de la muerte miran  
Correr su nave. Así de los aqueos  
En el despecho el temor despedazaba  
El ánimo abatido, mientras Hector  
Furioso á su falange acometía.....*

HOMERO.

No sólo el símil, sino todas las llamadas figuras de pensamiento, y todas las cualidades de la idea y los adornos y primores del lenguaje, se convierten en ridículas extravagancias ó en adornos afectados y frívolos, si la naturalidad no preside en el empleo de todos esos recursos del arte. Sin embargo, hay pensamientos que sin ser obvios ni fáciles, jamás pueden considerarse como defectuosos y afectados, y que acusan la natural penetración de un entendimiento agudo, llamada comunmente ingenio; otras veces es un particular discernimiento ó finura, ó cierta sensibilidad exquisita que lleva el nombre especial de delicadeza. En tales casos, los pensamientos se denominan respectivamente ingeniosos, finos y delicados. Garcilaso en su Egloga III, ya citada con ocasión de la armonía, nos ofrece un ejemplo de pensamiento ingenioso.

Flérida, para mi dulce y sabrosa  
*Más que la fruta del cercado ajeno.....*

De finura pueden servir de ejemplo los siguientes versos:

A caballo como estaba,  
 Rodrigo el lazo alcanzó  
 Con que el toro se adornaba;  
 En la lanza le clavó  
 Y á los balcones llegaba.  
 Y alzándose en los estribos  
 Lo alarga á Zaida, diciendo:  
 "Sultana, aunque bien entiendo  
 Ser favores excesivos  
 Mi corto don admitiendo,  
 Si no os dignáredes ser  
 Con él benigna, advertid  
 Que á mí me basta saber  
 Que no le debo ofrecer  
 A otra persona en Madrid."  
 Ella el rostro placentero  
 Dijo turbada: "Señor,  
 Yo le admito y le venero  
 Por conservar el favor  
 De tan gentil caballero"  
 Y besando el rico don,  
 Para agradar al doncel  
 Le prende con afición  
 Al lado del corazón  
 Por brinquiño y por joyel.

N. Moratín.

M. Acuña muestra delicadeza en los siguientes tercetos:

Tú sin aliento ya, dentro de poco  
 Volverás á la tierra y á su seno  
 Que es de la vida universal el foco.  
 Y allí, á la vida en apariencia ajeno,  
 El poder de la lluvia y del verano  
 Fecundará de gérmenes tu cieno.  
 Y al ascender de la raíz al grano,  
 Irás del vegetal á ser testigo  
 En el laboratorio soberano.  
 Tal vez para volver cambiado en trigo  
 Al triste hogar donde la triste esposa  
 Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fo-a  
 Verán alzarse de su fondo abierto  
 La larva convertida en mariposa,  
 Que en los ensayos de su vuelo incierto  
 Irá al lecho infeliz de sus amores  
 A llevarle tus ósculos de muerto.  
 Y en medio de esos cambios interiores  
 Tu cráneo lleno de una nueva vida,  
 En vez de pensamientos dará flores,  
 En cuyo cáliz brillará escondida  
 La lágrima, tal vez, con que tu amada  
 Acompañó el adiós de tu partida.

A. Bello, tal vez menos profundo é ingenioso, es tan delicado y de un gusto tan fino, según puede verse en este ejemplo:

.....La tierna esposa  
 Herida va á buscar; el débil cuerpo  
 Sobre el acero ensangrentado apoya:  
 Estréchalo. Libertarme  
 De un cadalso afrentoso puede sólo  
 La muerte, dice, este postrero abrazo  
 Me la hará dulce ¡adiós! Cuando con pronta  
 Herida vá á matarse, ella atajando  
 El brazo alzado ya, ¿tú á la deshonra,  
 Tú á ignominiosa servidumbre, á insultos  
 Más que la muerte horribles me abandonas?  
 Para sufrir la afrenta, falta, —dice—  
 Valor en mí, para imitarte sobra  
 Muramos ambos." Hieren  
 A un tiempo dos aceros  
 Entrambos pechos, abrazados mueren.  
 (Frag. del poema América.)

Los pensamientos que no son naturales se denominan violentos ó forzados, á causa de fundarse en relaciones tan remotas y tenues que difícilmente percibimos la idea ó asunto que contienen. Llámense también pensamientos afectados, porque acusan claramente el afán que sus autores ponen en distinguirse y singularizarse diciendo de un modo que nadie haya dicho, ya contraponiendo ideas, ya estableciendo relaciones sutilísimas que

suelen contener una vulgaridad en el fondo. Tal puede verse en este pensamiento de Andrada:

¿Será que pueda ver que me desvío  
De la vida viviendo, y que está unida  
La cauta muerte al simple vivir mío?

Con mayor afectación y violencia Francisco de la Torre, dice:

Las aguas aumentaba  
Con las que derramaba  
Tirsis cuitada, de quien es temida  
Más que la muerte su cansada vida;  
Cuya probada y rigurosa suerte  
Le acrecienta la vida por la muerte.

Herrera sutiliza de modo análogo el mismo pensamiento, diciendo:

Hermosos ojos, serenos,  
Serenos ojos, hermosos,  
De dulzura y de amor llenos,  
Lisonjeros y engañosos:  
Quien os ve pierde la vida,  
Y el que no os ve halla su muerte;  
Mas quien muere de esta suerte  
Cobra la vida perdida.

Los mismos pensamientos, fundados en relaciones alambicadas y sutiles, los encontramos en los culteranos de todos los tiempos. Mas no son estos los únicos vicios contra la naturalidad, que la exageración más ostentosa y la hinchazón más impertinente atentan de un modo ostensible contra aquella cualidad. Hay, en efecto, en la actualidad una corriente que lleva á los escritores y principalmente á los poetas, á exagerar el valor natural de los afectos y de los objetos, traspasando los límites de lo probable y verosímil; corriente que los arrastra fatalmente á abusar del lenguaje figurado, de las imágenes violentas, de las metáforas hinchadas y ridículas, que deslumbran al público aficionado é indocto, pero que de modo

efectivo no embellecen la obra literaria, y sí perjudican hondamente su claridad y naturalidad, desluciendo los adornos y primores del arte y pervirtiendo sus fines.

Estos son vicios dominantes hoy en nuestra Literatura y, en general, en todas las letras hispano-americanas, algunos de cuyos representantes más esclarecidos han logrado extremarse hasta el punto de formar una verdadera escuela opuesta á la naturalidad y al buen gusto. Para combatir tales extravagancias la razón y la experiencia aconsejan que se hagan grandes esfuerzos por dominar ese afán de sobresalir, ese prurito de distinguirse ó singularizarse, que parece el fin á que tienden por tan reprobados medios en el arte: que se medite mucho el asunto sobre que se va á escribir, y que no se escriba hasta que no se tenga bien conocido: sólo de este modo podrá decirse algo original y nuevo, sólo de este modo serán fáciles, naturales y bellos los pensamientos que se ocurran.

Respecto de la oportunidad que, como dijimos, marca la armonía general del conjunto y da el último toque á su belleza y perfección, sólo debemos observar que los mejores medios de adquirirla son: el estudio y lectura de los modelos, el análisis del fondo de la obra y el examen de la unión y enlace de los pensamientos entre sí, y de su estructura y relaciones. Sin esto, de nada servirán los preceptos que recomienden la observancia de esta cualidad.



## ARTICULO II

La Belleza y la sublimidad.—Pensamientos bellos y sublimes.

La belleza no es propiedad perteneciente al fondo ó forma de la obra, sino un resultado de la combinación ó estructura de ambos elementos; y si es verdad que es carácter esencial de un solo género literario, del género poético, es lo cierto que á todos les son comunes los principios y caracteres de orden, proporcionalidad y armonía que señalan su esencia.

La belleza es emoción, emoción agradable, pura, desinteresada, causada en el ánimo por la contemplación de ciertos objetos, que llamamos bellos.

La emoción que causa la belleza es diferente de lo simplemente agradable, de la impresión meramente individual y que de modo exclusivo se refiere á los objetos físicos, pues que da origen á un juicio universal, variable ciertamente con la cultura del individuo, (mas uniforme en un mismo grado de ésta) y que alcanza hasta los objetos del mundo intelectual y moral: emoción que se distingue del interés, que es un cálculo, porque permanece

enteramente ajena del ansia de la posesión y del incentivo de la utilidad. ¡Cuántas cosas hay, en efecto, que son tan bellas como inútiles, en el genuino y común sentido que aplicamos á esta palabra; y cuántas, al contrario, muy útiles, no se distinguen ciertamente por su belleza!

No todas las cosas nos producen la citada emoción, ni todas las que son capaces de producirla en nuestro espíritu, determinan el mismo grado de placer puro y desinteresado de que hablamos. Hay algunas que nos hacen sufrir la emoción opuesta á la belleza, y que llamamos feas ó deformes; y otras, que no nos causan impresión alguna, ó indiferentes. Por último, los diversos grados de lo bello se califican con los términos de bonito ó lindo, hermoso, gracioso ó agraciado y agradable, y el supremo de todos, con el nombre de sublime. De todo esto trataremos en seguida.

Si examinamos detenidamente los objetos, notaremos que llamamos bellos á los que presentan ciertas cualidades, como la *unidad*, (unidad de idea ó pensamiento, de plan, de estructura, de materia, de fin), la *variedad* (variedad de aspectos, formas, líneas, colores, sonidos) y la *armonía* de las partes entre sí y con el todo, constituyendo un ser ó cosa de que brota y mana la belleza. Estos objetos pueden tener vida, expresión, carácter; pero estas cualidades no son de la esencia de la misma belleza, sino signos ó señales de perfeccionamiento, cuya escala es infinita, como infinitos son los seres que forman esa escala. Pueden también ser buenos, verdaderos y en cierto modo perfectos, pero tales cualidades no son intrínsecas del objeto bello, sino extrínsecas, puesto que indican caracteres y fines extraños á la belleza misma.

Es, pues, bello todo objeto que produce en nuestro ánimo, en virtud de la forma armónica en que se manifiesta, una emoción agradable, pura y desinteresada.

En las obras literarias, principalmente en las poéticas, á cada paso encontramos ideas y pensamientos en que por la justa proporción y armonía entre el fondo y forma, y las excelencias y cualidades de uno y otra, y de su conjunto, causan una impresión profunda que nos transporta, conmoviendo agradable y fuertemente nuestro ánimo.

Tal es este bello trozo del Quijote:

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino por que entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de TUYO y MIO! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hatar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. . . .

En los fragmentos del poema «América» el inmortal poeta venezolano Andrés Bello trae la siguiente bellísima invocación á la poesía:

.....  
Podrás los climas retratar, que entero  
El vigor guardan genita primero  
Con que la voz omnipotente, oída  
Del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
Sobre su informe faz aparecida,  
Y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
Que vuestros verdes laberintos puebla.

Y en varias formas y estatura y galas  
Hacer parece alarde de sí mismo,  
Poner presumió nombre y guarismo?  
En densa muchedumbre  
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
Vejudos, vides, gramas:  
Las ramas á las ramas  
Pugnando por gozar de las felices  
Auras y de la luz, perpetua guerra  
Hacen, y á las raíces  
Angosto viene el seno de la tierra.  
¡Oh! quién contigo amable poesía  
Del Cauca á las orillas me llevara,  
Y el blando aliento respirar pudiera  
De la siempre lozana primavera  
Que allí su reino estableció y su corte!  
¡Oh si ya de cuidados enojosos  
Exento, por las márgenes amenas  
Del Aragua moviese  
El tardo incierto paso,  
O reclinado acaso  
Bajo una fresca palma en la llanura,  
Viese arder en la bóveda azulada  
Tus cuatro lumbres bellas  
Oh cruz del Sur, que las nocturnas horas  
Mides del caminante  
Por la espaciosa soledad errante:  
O del Cucuy las luminosas huellas  
Viese cortar el aire tenebroso,  
Y del lejano tumbo á mis oídos  
Viniera el son del yaraví amoroso!

Pueden también denominarse bellos los siguientes pensamientos de M. M. Flores.

La misma mano que vistió la tierra  
De azules horizontes,  
Los campos de esmeralda,  
Y de nieve la cumbre de los montes  
Y de verde oscurísimo su falda;  
La que en las olas de la mar sombría  
Alza penachos de brillante espuma,  
Y corona de arco-iris y de bruma  
La catarata rápida y bravía;  
La que tiñe con mágicos colores  
Las plumas de las aves y las flores;

La que tan bellos pinta esos celajes  
De oro, ópalo y púrpura que forman  
Del cielo de la tarde los paisajes;  
La que cuelga en el éter cristalino  
El globo opaco de la luna fría;  
La que al tender el transparente velo  
Del ancho firmamento, como rastros  
De sus dedos de luz, dejó en el cielo  
El polvo fulgoroso de los astros;  
La mano que en la gran naturaleza  
Pródiga vierte perennal hechizo.  
La del eterno Dios de la belleza  
¡Oh primera mujer... esa te hizo!

Estos pensamientos, á pesar de algunos lunares, pueden figurar entre los bellos, si bien son de un gusto menos delicado en el fondo que los anteriores, y menos correctos en la forma.

Hay veces que la belleza se manifiesta en cantidad de materia ó de forma insuficientes para causar la verdadera y plena emoción estética; tal es lo bonito ó lindo, esto es, la belleza de lo pequeño. Literariamente, es la belleza que percibimos en madrigales, cantinelas, baladas, doloras, etc. Ejemplos:

Ojos claros, serenos,  
Si de dulce mirar sois alabados,  
¿Porqué si me miráis, miráis airados?  
Si cuanto más piadosos  
Más bellos parecéis á quien os mira,  
¿Porqué á mí solo me miráis con ira?  
Ojos claros, serenos,  
Ya que así me miráis, miradme al menos.  
(Guriérrez de Cetina.)

Lo gracioso y agraciado se refieren, ya á la persona ó cosa que producen en nosotros el efecto de lo cómico, y que puede ser compatible con lo feo, (así decimos feo, pero gracioso) ya á cierto deleite ó simpatía, que es inseparable de lo bello. Pensamientos graciosos son los de todos los epigramas; por ejemplo:

Admiróse un portugués  
Que desde su tierna infancia  
Todos los niños en Francia  
Supiesen hablar francés.  
"Arte diabólica es,"  
(Dijo torciendo el mostacho)  
Que para hablar en gabacho  
Un fidalgo en Portugal  
Llega á viejo y lo habla mal,  
Y aquí lo parla un muchacho.

L. F. Moratín.

Lo agraciado, sin llegar á lo cómico, muestra cierta facilidad y lijereza que impresiona de modo análogo.

Ejemplo:

Magdalena, si eres buena  
Pon cerrojo á tu balcón;  
Ya te rondan, la arpa suena  
Magdalena, Magdalena  
Cierra bien tu corazón.

Lo hermoso, tan genérico como lo bello, se aplica, sin embargo, con más frecuencia á lo bello material. En cuanto á lo agradable, ya sabemos que es el grado ínfimo de la belleza, y que no dá nombre á los pensamientos; pero la escala que comienza en lo agradable se prolonga hasta lo sublime, en que lo bello se presenta con caracteres de tal naturaleza que parecen contradecir la propia y verdadera emoción caleológica; puesto que esta emoción en lo sublime va acompañada de una especie de terror ó abatimiento, que parece nacer de nuestra pequeñez, comparada inconsciente y de modo instintivo con la grandeza extraordinaria del objeto que contemplamos.

Lo sublime es, pues, lo bello perturbado en su armonía por la manifestación de una extraordinaria grandeza.

En lo sublime, en efecto, se manifiesta el objeto en forma mezquina, por más perfecta y armoniosa que ésta sea, incapaz de contener la cantidad de substancia ó fuer-

za que posée; y la admiración y el asombro son entonces la consecuencia ineludible de la impresión que este objeto causa en el espíritu. Es algo así como la impresión de lo infinito en el alma humana.

Los poetas hebreos y Homero, Dante, Milton y algunos modernos presentan á cada paso ejemplos de sublimidad.

«Vendrá Dios,» dice Habacuc, «y llevará delante de sí la muerte como en triunfo.....Paróse y midió la tierra. Echó una mirada y acabó con las naciones y quedaron reducidos á polvo los altísimos montes.....Los abismos alzaron su voz y levantó sus manos el profundo mar».....

Según que lo sublime se refiera á la magnitud del objeto, ó la cantidad é intensidad de la fuerza por él desplegada, se divide en sublime matemático ó de extensión, y sublime físico ó dinámico. Son ejemplos de sublime matemático: *el espacio, sendero de los astros; el inmenso foco de calor y luz, que con sus rayos nos envía la vida y la alegría, etc.*: de lo sublime dinámico: *el rayo que desgaja la encina corpulenta; la tempestad, que con sus violentos huracanes arranca de cuajo los árboles robustos y levanta con estruendo las olas de los mares....* y todo aquello que es signo de una gran fuerza ó poder activo.

Con relación á los diferentes órdenes de nuestras facultades, lo sublime puede ser sensible, intelectual y moral. Los ejemplos anteriores pertenecen al sublime sensible. Al intelectual se refieren, por ejemplo, los trabajos de Newton en astronomía, las obras de Homero, Dante, Milton, Goethe y Victor Hugo en poesía, las de Miguel Angel y Rafael en pintura, y, en suma, las de todos los genios. Al sublime moral corresponden las extraordinarias y nobilísimas hazañas de Leónidas y Régu-

les, la de Bravo perdonando á sus encarnizados enemigos para *vengar* la muerte de su padre; en fin, todo aquello que es señal de un gran esfuerzo encaminado al bien.

Con relación á la obra, lo sublime se divide en rasgo y en pasaje. Se llama rasgo cuando es de corta extensión; v. g.: *Dixit Deus: fiat lux, et lux facta fuit*; y pasaje, cuando ofrece, al contrario, grande extensión; por ejemplo:

Así los dioses que á la lid bajaron  
Con sus voces animaban al combate  
A griegos y troyanos, y rompieron  
En medio de ellos la fatal contienda.  
El padre de los hombres y los dioses  
De lo alto del Olimpo tronó horrendo;  
De la anchurosa tierra los profundos  
Cimientos, y las cumbres de los montes  
Agitaba Neptuno; y retemblaron  
Del Ida todos los humildes valles  
Las fuentes de los ríos, las alturas,  
De Troya la ciudad y los navíos  
De los Aqueos. En su negro Alcázar  
Se estremeció Plutón, y de su trono  
Saltó azorado, y en horrendas voces  
Espantado gritó; porque temía  
Que Neptuno rasgara las entrañas  
De la tierra, y que claras se mostrasen  
A los hombres y dioses las horribles  
Moradas infernales y sombrías,  
Que hasta los mismos dioses aborrecen.

(Homero.)

Por oposición á lo bello y lo sublime se determinan los conceptos de lo feo ó deforme, y de lo cómico ó ridículo.

Lo feo es un desorden ó falta de armonía de los elementos constitutivos de un objeto; lo cómico procede de análogo desorden. Se distinguen en que este es transitorio, y aquel es permanente; en que lo feo se muestra más ó menos ostensiblemente en todos los objetos, y lo



cómico y ridículo sólo aparece en la vida de los seres racionales; en que la emoción que uno nos causa es de alegría y risa, en tanto que el otro nos conmueve hasta hacernos sentir aversión ó repugnancia. Entre lo cómico y lo ridículo hay, á su vez, gran diferencia: lo cómico es siempre intencional, é involuntario lo ridículo; en el primero se provoca la risa, en el segundo se produce; este es espontáneo, aquel artístico; lo cómico se confunde con lo gracioso, lo ridículo se aproxima á lo feo. Ambos coinciden solamente en que trastornan los elementos y caracteres de la belleza.

Formado de este modo el concepto de la belleza en general y el de sus distintos grados, procede ahora determinar el de la belleza artística.

Es evidente que el hombre en su aspiración constante á la belleza pura, que concibe y presiente perfecta, la crea, ó la depura algún tanto de las imperfecciones que ofrece en los objetos finitos que conoce; de este modo produce la belleza artística que supera á todo lo que se halla en el mundo de la materia y del espíritu, de lo sensible y suprasensible. Es evidente que el hombre, en posesión de la idea de lo bello, separa mentalmente de todos los objetos los rasgos, las cualidades que más se acercan á este tipo interior, formando una belleza ideal de cada orden de las cosas que conoce; belleza que, tal como es concebida por el artista, no existe en la realidad; belleza que tiende constantemente á confundirse con el ideal de la belleza, con el tipo superior que concebimos perfecto, pero cuya completa realización es imposible á causa de lo deficiente de los medios de que dispone el artista y de la falibilidad de sus facultades.

De las diferentes concepciones de la belleza artística, según se le considere como creación del espíritu, ó como

existente en sí misma, nacen las corrientes dominantes en el arte: el idealismo y el realismo. El primero todo lo fía á la fuerza de la inspiración; el segundo se aplica á reproducir fielmente la naturaleza; aquél, niega el derecho de ser representado en el arte á todo lo que no sea perfecto; éste, se propone imitar todo, hasta lo feo; el idealismo establece límites arbitrarios á la actividad del espíritu, el realismo desconoce los avances y adivinaciones de de la imaginación y trata de impedir sus atrevidos vuelos. Pero es evidente que ambas doctrinas son erróneas por exclusivas, y ambas perjudiciales á las artes; y que si aisladas no son capaces de explicar la bella producción artística, unidas se completan y rigen de modo racional esta producción. Es incuestionable que el artista al reproducir la naturaleza, lo hace conforme la perciben y sienten sus facultades, que constituyen su propia individualidad en el arte, y que en esta reproducción se encuentra un elemento ideal inexcusable.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625  
13 MONTERREY, MEXICO